

En donde termina un año y la carretera continúa

Tras una comida inesperada y amistosa en compañía de los overlanders polacos en Los Vilos, partimos hacia Valparaíso para celebrar el final de 2025, un año que nos dio más de lo que podíamos haber planeado.

Para nosotros, el Año Nuevo nunca ha sido solo una fecha; siempre ha sido una fecha especial para replantearnos el año que dejamos atrás y planificar el nuevo que viene. En 2024, celebramos con una tradición colombiana que garantiza viajes en el año siguiente: correr alrededor de la cuadra a medianoche con una maleta vacía – si eres escéptico, hemos demostrado que un trote a medianoche funciona – salimos de Florida a mediados de septiembre de 2025 y para el 31 de diciembre de 2025 habíamos recorrido más de 7.000 millas hasta Los Vilos.



Tras dejar Los Vilos, el cambio llegó rápidamente. Las colinas áridas decoradas con cactus comenzaron a suavizarse y, en un corto trayecto, el paisaje se transformó: las montañas pasaron de ser desnudas y rojas a frondosas y verdes. Las nubes bajas se acercaban y todo se sentía extrañamente familiar, como si nos hubieran transportado de vuelta al noroeste del Pacífico, un lugar que una vez llamamos nuestro hogar. Cuando llegamos a Valparaíso, la ciudad construida sobre colinas estaba envuelta en nubes. De nuevo nos recordó a Seattle, la ciudad que una vez amamos. En lugar de centrarnos en el pasado y la vida que tuvimos, decidimos pensar en el presente reconociendo que somos afortunados de poder vivir esta aventura.

En ese momento, no se trataba solo del presente, sino también del futuro, ¡del año nuevo! Habíamos decidido compartir las tradiciones del Año Nuevo chileno: lentejas para la buena suerte y plata guardada en nuestros zapatos para la prosperidad. Por eso, nuestra misión número uno y prioridad al llegar a la colorida ciudad de Valparaíso era buscar un lugar para un saludable snack de lentejas.



Quizá te preguntes, ¿por qué Valparaíso? Nos habían dicho más de una vez que nos quedáramos en Viña del Mar. La gente lo describía como más limpio, tranquilo y simplemente mejor. Pero cuanto más investigábamos, más claro quedaba que Valparaíso era nuestro lugar de Nochevieja. Se dice que Valparaíso "es el lugar para estar en Nochevieja" no solo en Chile, sino en toda Sudamérica. También nos sentíamos atraídos por Valparaíso por las novelas de Isabel Allende, y no buscábamos resorts, buscábamos carácter y la historia de la ciudad.



Valparaíso fue en su día una de las ciudades portuarias más importantes del Pacífico, prosperó antes de que el Canal de Panamá desviara el comercio global. Barcos de todo el mundo llenaron su puerto, trayendo personas, idiomas, ideas y culturas que se superponían a la ciudad... Más sobre la ciudad más adelante.

Volviendo a Nochevieja: después de nuestras lentejas para la buena suerte, volvimos al hotel para prepararnos para lo que pensábamos que sería una noche larga y animada. Sobre las 7:00 de la noche salimos en busca de la comida. Para nuestra sorpresa, las calles estaban tranquilas, casi vacías. Por un momento, nos preguntamos si habíamos malinterpretado todo lo que habíamos oído sobre Valparaíso como *el lugar* para estar en Nochevieja. Subimos las escaleras de caracol por Cerro Bella Vista y nos acomodamos en un pequeño restaurante vacío para una comida sencilla y satisfactoria.

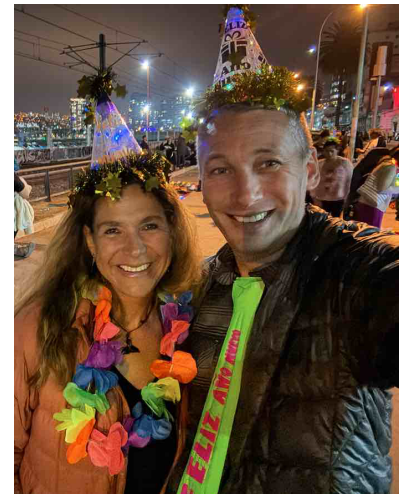


Mafe eligió una ensalada local segura, mientras que el aventurero Scott apostó por completo al piure, un delicatessen chileno cosechado en el mar. A menudo llamado "agua de mar comestible", el piure tiene un sabor profundo y yodado, con un aroma de sal y roca fría, mientras que sus sabores permanecen como una ola que se niega a irse. Scott lo describiría como una mezcla de almejas sazonadas con algas marinas de hace una semana, acompañadas del aroma de la marea baja, con una textura especial de algo que solo encontrarías en un pañuelo. De verdad, ni siquiera es un gusto adquirido, ¡sino un encuentro! Scott no logró transformar su ya ecléctico paladar y decidió pedir papas fritas para asegurarse de que su lengua terminaría el año no solo con un sabor familiar, sino con un recuerdo agradable. Pero la Verdad es que la champaña borró los recuerdos de ese delicatessen chileno.

Terminamos de comer y bajamos las escaleras hacia el paseo marítimo, dirigiéndonos hacia la Plaza Sotomayor. De repente, con cada paso, que incluía un billete de 1000 pesos chilenos, la ciudad empezó a cambiar. Las calles tranquilas por las que habíamos caminado antes dieron paso a grupos de gente instalándose en esquinas, desplegando sillas, compartiendo tragos y comida, y poniendo música.

Aunque cada grupo de amigos y familiares tenía su propia música, las distintas notas flotaban suavemente en el aire, superpuestas sin competir, como si todos hubieran acordado en un ritmo melodioso. Fue entonces cuando lo confirmamos: ¡estábamos exactamente donde debíamos estar!

Justo a medianoche, fuegos artificiales estallaron por la bahía, iluminando toda la costa. Tras unos 20 minutos, caminamos hasta la Plaza Sotomayor para ver la orquesta local y bailar. La ciudad, y nosotros, nos quedamos despiertos toda la noche. Fue la forma perfecta de recibir al 2026.



A la mañana siguiente, decidimos explorar Valparaíso. La ciudad asciende desde el océano, extendiéndose por colinas empinadas. Casas se montan una sobre la otra, pintadas con colores vivos y llamativos, nada sutil, nada uniforme, nada aburrido. Moverse por Valparaíso es toda una experiencia como tal. Las escaleras de la ciudad serpentean entre las colinas, cada una con su propia personalidad. Algunas están pintadas con colores vivos, otras se transforman en arte, como las escaleras del piano, y otras tienen poemas escritas en ellas. En esencia, cada escalera tiene una historia única que contar, solo tienes que escuchar con tus ojos y, a veces, con tu imaginación.

Todo en Valparaíso se siente con capas, histórico y crudo, desgastado y expresivo. Una ciudad que no intenta impresionar, pero deja una impresión, y algo decepcionante. Para apreciarlo de verdad, hay que mirar más allá de la suciedad, la decadencia y las capas de grafiti. No del tipo que se llama arte, sino de eslóganes y marcas políticas que a menudo absorben la hermosa arquitectura que hay debajo. Los edificios en sí son llamativos, llenos de carácter e historia, pero requieren esfuerzo para verlos. Los colores son indudablemente hermosos, y pasear por las estrechas calles bordeadas de balcones se siente especial, pero es fácil distraerse porque la ciudad huele a orina y a abandono. Valparaíso es, en muchos sentidos, una ciudad en decadencia, y eso hace que sea difícil de aceptar. Si eres capaz de ver a través de todo eso, solo puedes imaginar cómo debió de ser cuando estaba limpia, cuidada y llena de orgullo. Algunos dicen que a mediados de los años 90, quienes tenían dinero abandonaron la ciudad y los pobres y vagabundos se mudaron, cambiando su rumbo. Es especialmente trágico cuando Valparaíso fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en el 2003. Una ciudad con tanta historia y una belleza tan evidente merece algo mejor que una lenta erosión. Lo que nos hizo sentir algo personal es que una vez vivimos en una ciudad así y vimos su decadencia...



Por favor, no lo malinterpretes, disfrutamos de Valparaíso y guardamos grandes recuerdos de un Año Nuevo 2025 muy memorable y, al menos para uno de nosotros, ¡delicioso!

Después de Valparaíso, nos dirigimos a Santiago, la capital de Chile. Santiago se sentía como una de las capitales más organizadas, limpias y modernas que hemos visitado en Sudamérica hasta ahora. Una ciudad que realmente respira orgullo. Es notablemente verde, llena de jardines, cafeterías en los andenes y espacios públicos que invitan a la gente a salir. Hay una energía joven en la ciudad. Santiago es el tipo de ciudad en la que fácilmente podrías imaginarte viviendo. Se siente cómodo, eficiente y equilibrado, un lugar donde la vida diaria parece funcionar, sin el caos urbano que hemos vivido hasta ahora en otros lugares. Al mismo tiempo, como viajeros, descubrimos que, aunque ofrece miradores hermosos, espacios verdes y una vibrante escena cultural, no es una ciudad llena de atracciones imprescindibles como lo son otras. Su belleza también proviene de que la ciudad está rodeada de montañas. Por eso a menudo se le llama la ciudad de los cerros.



El Cerro San Cristóbal se eleva sobre la ciudad como un guardián, coronado por su icónica estatua de la Virgen Inmaculada y ofreciendo vistas panorámicas de Santiago. Para apreciarlo de verdad, subimos hasta la cima en funicular y luego descendimos por teleférico; imagina subir una colina entre túneles de árboles, dejando la ciudad atrás, poco a poco, y luego deslizarte hacia abajo mientras la ciudad empieza a reaparecer con vistas panorámicas de su vida abajo.

Mientras estás en la cima, puedes encontrar vendedores locales que venden artesanías, una variedad de helados, jugos de fruta natural, gaseosas y "mote de huesillo". Nos pareció raro que tantos puestos pequeños vendieran bebidas frías. Y una sopa caribeña espesa de queso, con huesos pequeños – ya que "mote" en Colombia es sopa de queso y huesillo significa hueso pequeño en español. Además, ¿por qué querrías algo así en un caluroso día de verano? Pero pensamos que podríamos probarlo. Preguntamos en un puesto qué era el "mote de huesillo" y la señora nos dijo que era una bebida muy fría y refrescante, así que pedimos una para probar. El mote de huesillo era, de hecho, la bebida refrescante perfecta: se prepara con néctar dulce de melocotones secos (huesillo) cocinados en azúcar y canela, mezclados con bayas de trigo (mote) cocidas y descascadas, servidas sobre hielo. ¡Es DELICIOSO!

Disfrutamos de otro delicioso jugo de fruta en el Cerro Santa Lucía, donde tomamos "jugo de frutilla" pero en realidad, no solo un jugo de "fruta pequeña", como lo entenderíamos en español normal, sino jugo de fresa. En cualquier caso, el Cerro Santa Lucía se siente más como un jardín: exuberante y verde. Realmente es una colina histórica y colorida entrelazada con escaleras, la fuente de Neptuno y todo esto justo en el corazón del centro.



Además de los dos cerros bien conocidos y visitados, también se ve a lo lejos el imponente Cerro El Plomo, a menudo nevado y que vigila la ciudad en silencio. Definitivamente, Santiago es un lugar que muestra que la naturaleza y la vida urbana pueden, de hecho, convivir.

Santiago también fue el lugar perfecto para hacer una pausa y prepararnos, asegurándonos de que Taco Libre esté preparado para lo que nos espera en la Carretera Austral: un viaje desolado y aventurero. Durante nuestra última noche en Santiago, nos despedimos del ambiente de la gran ciudad en un bar de vinos escuchando a una banda de jazz en vivo y tomando cócteles artesanales para cerrar este capítulo antes de embarcarnos en la siguiente aventura.

12 de enero del 2026

